

Cuando el sarcasmo se vuelve necesidad

Gabriel Ríos

EN UNO DE MIS VISITAS A MORELIA me encontré en la avenida Madero con David Maciel, guitarrista de gran nivel, bohemio. Me invitó a la Peña Colibrí, que cumplía veinte años de fundada. Nos reconocimos por la voz, pues al rebasar los cincuenta años no es fácil acordarse del rostro de los amigos. Escuchando al buen Maciel de pronto me topé con un hombre de barba blanquísima que brindó conmigo en inglés. También me reconoció por el tono de mi voz. Nunca me imaginé encontrarme en ese lugar con el psiquiatra de las comunas hippies, Thomas Szasz, el autor de *La ética del psicoanálisis*.

Maciel terminó su ronda con algo de Álvaro Carrillo y se acercó a nuestra mesa. Le presenté al doctor, ahora pastor de la Iglesia metodista. Las frases se sucedieron a la velocidad del rayo: “no hay hechos sino interpretaciones”, además de una serie de temas. A las dos de la mañana nos despedimos. Le pusimos fin a la charla con un ramillete de metáforas para suavizar cualquier daño causado por la frase *reculer pour mieux sauter*, traducida libremente como represión.

A la mañana siguiente busqué a Szasz en el hotel Virrey de Mendoza, donde se hospedó. Casi no hablamos, pues lo habíamos hecho de sobra la noche anterior, entre otras cosas de las muchachas a las que les gustan los juegos de muchachos. Tomamos café de despedida, pues su avión salía en una hora.

A Szasz lo conocí en San Francisco, en un virtual viaje de LSD, en la meseta de la discordia con los demás y conmigo mismo.

Cuando bajé del autobús en la ciudad de México mi corazón intentó nublar la vista; ni las misivas electrónicas

llenas de amor que mandaba con frecuencia a una hermosa mujer sanaban la herida: viejo me había vuelto, por lo tanto el milagro adolescente había desaparecido, y cuando me atreví en el baño de la terminal de los autobuses ETN a mirar mi cara, el sarcasmo se volvió necesidad, nada más al pensar en aquel testigo del pasado que fui.

En el Metro, rumbo a mi casa, imaginaba todavía al estúpido que repetía: la Iglesia vuelve a lo diabólico. Efectivamente ese hombre con un ojo ágata y el otro pardo había perdido la fe en el paraíso. Ahora dependía del infierno para calentarse, pero tenía que hacer algo: para no caer en las redes de la esterilidad, desde su fuero se burlaba de la palabra alma.

La vida sedentaria, cautiva de Szasz, se puede mirar en el polvo invadiendo los muebles de su casa en Texas. En ese contexto, cualquier mujer que se le presentara probablemente fuera un híbrido.

En su papel de provocador, de calculador de la cantidad de mentiras suaves, aprovechó su cuerpo para volver a la virilidad perdida, según él. Disquisiciones más, disquisiciones menos, permearon en El Colibrí.

En el autobús de Morelia a la ciudad de México había aprovechado el hecho de no beber alcohol ni fumar, y leer con la distancia debida algo de la obra completa del Marqués de Sade como si fuera un cómic. Divertido. Tantas frases hechas como aquella de Justina: “¡Oh, eso es lo que sucede cuando el hombre se deja llevar por sus pasiones!”

Lo demás es un relato a ciegas, el encuentro con Szasz, el recordar su conferencia en San Francisco. Todavía mantengo un pincelazo en la memoria: “Trataré de mostrar que la enfermedad es el símbolo de la psiquiatría, de la misma

manera que el Cristo crucificado es el símbolo sagrado de la cristiandad”. Se apareja con el discurso del conde de Bressac, increpando a la imberbe e inocente Justina: “¿Por qué ha de ser superior Él... si ya no muestra nada?”

Lo que no entendía de Szasz era su aversión a Freud, aunque rascándole podría decir que el maestro desarrolló y conoció a fondo el instinto informe, descubrió su otro, el verdadero hombre que piensa, obra, siente e intenta todas las cosas más abominables. Coincidimos en lo inventado por nuestros padres, que se convirtieron en psicólogos de nuestra generación, prohibiéndonos desde niños cualquier acercamiento a la masturbación, y al mismo tiempo provocándola.

Les comenté a Szasz y a Maciel que mi representación del mundo estaba extinta. En seguida cambió el tono, de lo familiar al gusto por algunos textos de Pascal Quignard, sobre todo aquel titulado “Las tablillas de boj de Apronemia Avitia”, riquísimo por descarado. Recordamos cuando la protagonista habla de los dos tipos de mujeres detestables: las que todo les parece increíble y las que todo les parece mediocre, sin olores ni sabores.

La última era la mujer de las misivas, cincuentona, quien vivió enamorada de su padre al que odiaba por haberse casado con otra mujer, después del deceso de su madre. El desafortunado matrimonio de sus padres fue una ocasión excelente para procesar su instinto infantil de poderío. Ahora me daba cuenta que aun el sexo le parecía sometimiento y respondía con agresiva virilidad.

No dejaré de mencionar lo de los viejos apuntado por Apronemia Avitia: aunque se bañen dos veces al día huelen muy mal. Szasz olía a rayos y yo otro tanto. Algo extraño ocurría alrededor de él, quizás un problema de oposición, la retórica favorita de Jung, su héroe y verdugo.

Una bestia de piel oscura de insolencia natural, propia del anarquista que fui, adorador del caos, de la escritura del Marqués de Sade, me llevó a ser precursor de empresas

como Global Exchange, especializada en la organización de viajes a lugares de miseria, explotación y conflictos. Como si me hubiera puesto de acuerdo con el suicida Albert Caraco, aseguro que el cristianismo divinizó la locura y legitimó el desorden, el caos. O con la pasional poeta Annie Le Brun, quien decía que en nombre de un bien mayor uno tiene los pensamientos genéticamente modificados que se merece.

En el paradero norte de la Terminal Taxqueña del Metro acostumbro alquilar un taxi que me lleva a mi casa. Antes de abordarlo, en lo que el auto daba la vuelta entre una manada de autobuses, alcancé a mirar un puesto-homenaje al Marqués de Sade: pornografía barata, de circulación amplia, y cosa curiosa me encontré con un amigo que me acompañó en mi aventura por San Francisco, adoradores los dos de grupos como Led Zeppelin. Rápidamente me desmintió, dijo no conocerme, pero yo sí me acordaba de su voz. Era *El Tistis*, quien presumió durante años haber estado muy cerca de Janis Joplin, antes de que ésta fuera famosa, perdiera su delicadeza, sentimiento y sus rizos dorados.

Otras cosas me habían pasado en Morelia: pájaros circulando en el restaurante Los Comensales y la confusión de la dueña del lugar, pues creía que yo era un tío que vivió muchos años en la ciudad y llevaba a comer a mi abuela, quien les regaló los abuelos y abuelas de las aves; o aquella amiga de la fonda El Tragadero, mujer de cara descompuesta, en silla de ruedas, quien no pudo acordarse de la casita en Chapultepec, a un lado del Acueducto, donde, junto con sus hermanas, nos llevaban hace treinta y cinco años comida a un grupo de hippies recién desempacados de San Francisco. •

GABRIEL RÍOS es escritor. Sus colaboraciones han aparecido en los suplementos *La Jornada Semanal (La Jornada)* y *El Ángel (Reforma)*, así como en la extinta revista *Equis*.

